

Con Vosotros

Semanario de la Iglesia en Ciudad Real

Año XXXVII – n.º 2004 – D.L.: CR-91/1988 | Domingo, 4 de abril de 2021

¡Resucitó el Señor! ¡Aleluya!

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

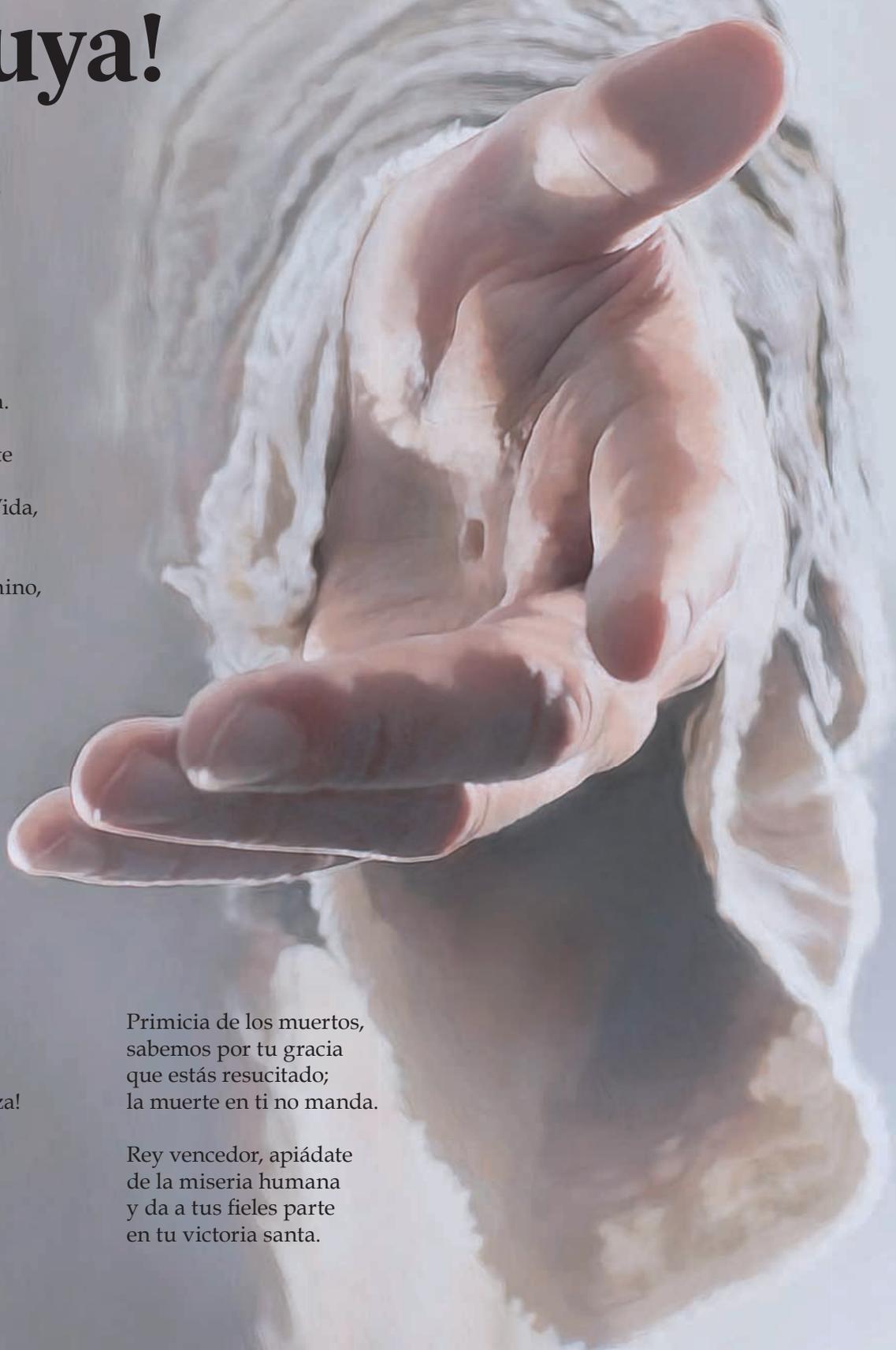
«¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?»
«A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua».

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.



Falleció el sacerdote Antonio Ciudad Serrano

En la tarde del pasado 23 de marzo falleció en Ciudad Real el sacerdote Antonio Ciudad Serrano, a los 85 años de edad.

Antonio Ciudad Serrano nació en Calzada de Calatrava en 1936 e ingresó en nuestro Seminario Diocesano en 1948. Se ordenó sacerdote el 21 de junio de 1959 en la iglesia de Santiago de Ciudad Real.

Entre 1959 y 1965 fue coadjutor de Viso del Marqués y encargado de Bazán, pasando a Chillón como economo en 1965. En 1968 pasó a ser coadjutor de la parroquia de San Bartolomé de Almagro durante un año, marchando después a estudiar Historia a la Universidad de Navarra. Se doctoró después por la Universidad de Sevilla.

En 1979 se le encargó la parroquia de La Poblachuela, donde estu-

vo hasta 1992, desde 1984 con nombramiento de párroco. En 1992 se le nombró párroco de Las Casas y en 2003 administrador parroquial de Cañada de Calatrava. Además, fue capellán de las religiosas teatinas en Ciudad Real.

Desde 1974, durante 32 años, impartió clases de Historia en la Escuela Universitaria de Magisterio de Ciudad Real. Colaboró en la puesta en marcha del Museo Provincial de Ciudad Real, en la parte correspondiente al Paleolítico. Además, fue el primer director del Museo Diocesano de Ciudad Real, cargo que ocupó entre 1989 y 1997.

El funeral, que presidió el vicario general, Tomás Villar, se celebró en el templo parroquial de Calzada de Calatrava en la tarde del 24 de marzo.



Foto: Rueda Villaverde para La Tribuna de Ciudad Real

Con Caridad, en el primer domingo de mes



Compartir la mesa

Compartir la mesa no es sólo comer juntos, sino más bien lo que habitualmente llamamos comer en familia o cenar con los amigos. No se trata de repartir viandas o pasarnos los alimentos, que de algún modo también este proceder te saca de tu atracarte en solitario.

Compartir la mesa significa establecer y reavivar los lazos de amistad, mediante el recuerdo de experiencias vividas y el planear en común proyectos de futuro.

Compartir la mesa es disponernos a acogernos mutuamente; es sabernos y sentirnos reconocidos en igual dignidad, aportando cada uno lo peculiar que tiene para el enriquecimiento de todos. Y permitir que todo lo que hay esté a disposición de todos, repartiendo los bienes disponibles según la necesidad de cada uno.

Compartir la mesa es hacer un hueco al que aparece inesperada-

mente; es guardar algo para el que llegará tarde; es hacer un guiño de complicidad al que se acerca con cierto recelo.

Compartir la mesa es no tener prisas por recoger, porque la sobremesa es realmente lo que alimenta el alma y fortalece las relaciones.

Compartir la mesa es tomar y dar la palabra aunque el pan ande escaso; es conversar animadamente sobre lo que nos une; es aceptar como propios los desafíos ajenos y tender la mano para afrontarlos conjuntamente.

Compartir la mesa es vivir la caridad en primera persona, aquí y ahora, con lo que soy y con lo que tengo; es el gesto más sencillo que tenemos para expresar nuestra humanidad y fraternidad.

Compartir la mesa es agacharse y levantar al que está tirado en el suelo, y permitirle sentarse y apo-

yarse en el mantel; es ofrecerte al empobrecido como «lazarillo» o «cicerone» hasta que él mismo se haga cargo de su dignidad.

Compartir la mesa es ajustar el tiempo y los recursos a la situación de cada uno, respetando el ritmo y los procesos personales; es hacer que el otro, sea quien sea, se sienta como en su casa.

Compartir la mesa es tratar al otro como a ti te gustaría ser tratado; es indignarte ante tantos «epulones», y pedir que dejen al menos alguna migaja.

Compartir la mesa es valorar la riqueza de relaciones en detrimento de la acumulación de bienes; es apostar por el auténtico sentido de las prácticas religiosas: cuidar las relaciones personales.

Compartir la mesa es reconocer al Resucitado que nos sale al paso en sus preferidos. ¡Avivemos nuestra fe! que actúa por la caridad.

Carta de nuestro Obispo

Cristo ha resucitado, ¡aleluya!

Este es el anuncio que escuchábamos en la Vigilia Pascual y que hoy, Domingo de Resurrección, se repite en nuestra liturgia.

El Jueves Santo y el Viernes Santo hemos estado contemplando y celebrando la entrega de Jesús por la salvación de todos los hombres, hemos meditado la muerte de nuestro redentor por amor a la voluntad del Padre y por amor al hombre y quedábamos conmovidos por tan gran amor a nosotros sin mérito alguno de nuestra parte.

Hoy domingo celebramos su triunfo definitivo. El triunfo definitivo de nuestro Señor sobre el mal, el pecado y la muerte; su resurrección gloriosa. Cristo cargó con nuestra vida caduca, con nuestro pecado, por el cual estábamos condenados a la muerte y ha vencido a la muerte y destruido definitivamente nuestro pecado, por lo que ya no estamos condenados para siempre, sino que en Él y por Él hemos sido salvados.

La resurrección de Cristo nos llena de alegría a sus seguidores. La celebración de la Pascua de la resurrección del Señor llena a toda la creación de una verdadera y profunda alegría, porque con Él y su resurrección todo ha sido renovado. Lo que parecía un fracaso

Lancémonos a ser sus valientes testigos ante los demás

el Viernes Santo se ha tornado triunfo y gloria; lo que parecía el poder de la muerte, se ha convertido en triunfo de la vida. Su muerte aparece en su plena fecundidad en la resurrección.

Nosotros, los cristianos, seguidores de la vida y el mensaje de Cristo, nos alegramos por su triunfo, porque en Él y con Él hemos resucitado todos nosotros. Su resurrección da sentido a toda nuestra vida como discípulos y seguidores de su vida y su mensaje, porque, como dice san Pablo, si Cristo no hubiera resucitado, vana es nuestra fe, seríamos los más

desgraciados siguiendo a un muerto. Pero no, Cristo ha resucitado y ya no muere más, la muerte no tiene dominio sobre Él.

La resurrección de Cristo no es solo triunfo suyo y resurrección suya, sino que en Él hemos resucitado todos nosotros. Por eso, somos llamados a vivir nuestra vida como verdaderos resucitados a una vida nueva de acuerdo con el pensar y la voluntad de Dios sobre nosotros.

Esto es lo que expresa san Pablo en la Carta a los Colosenses: «Por el bautismo fuisteis sepultados con

Él mismo es quien nos envía a mostrar este estilo de vida a los demás

Cristo y habéis resucitado con él, por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó de los muertos. Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con él. Canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz» (Col, 2, 12-15). «Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cris-

to está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él» (Col 3, 1-5).

Conscientes de del hecho más importante de la vida de Cristo que es su resurrección, hemos de poner todo cuanto esté en nuestra mano en el compromiso y la vivencia en nuestra vida de nuestra condición de resucitados con Él, del estilo de vivir

que él nos dejó y nos pide a sus seguidores.

Junto a nuestra vida, según el estilo de vida de Jesús, Él mismo es quien nos envía a mostrar este estilo de vida a los demás, siendo verdaderos testigos suyos donde quiera que estemos y con quien quiera que estemos. Para que podamos cumplir el encargo que hizo a los apóstoles una vez resucitado, un encargo que nos vuelve a hacer hoy: «Id,

pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 19-20).

Hagamos nuestro este encargo del Señor y lancémonos a ser sus valientes testigos ante los demás, a enseñarles con nuestra palabra y nuestra vida todo lo que Él nos ha enseñado porque no estamos solos en el empeño, sino que Jesús resucitado se ha comprometido a estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Vivamos nuestra vida llenos de alegría por su resurrección y la nuestra y digamos al mundo que merece la pena seguir a Cristo porque su resurrección y la nuestra da verdadero sentido a toda nuestra vida y es respuesta más auténtica a todos nuestros más profundos interrogantes.

¡Feliz Pascua de resurrección para todos!



+ Gerardo Fielgo
Obispo de C. Real

Los personajes de la resurrección

MANUEL PÉREZ TENDERO

Todos conocemos los relatos en torno a la resurrección de Jesús y nos son familiares todos los personajes: las mujeres, Pedro, el discípulo amado, Tomás, los de Emaús, los soldados, los ángeles, los sumos sacerdotes...

Una de las funciones principales de los personajes en un relato es el ayudar a los lectores a identificarse con ellos y, de esta manera, hacer suyo el relato, participar desde dentro en lo que se está contando.

Magdala Y Emaús

Nos fijamos en los parecidos entre María (Jn 20) y los dos discípulos de Emaús (Lc 24):

- María busca, llorando y con amor, el cuerpo difunto del amigo. Los de Emaús, en cambio, regresan a su hogar, ya no buscan nada: se alejan de Jerusalén porque un sepulcro ha frustrado toda su esperanza.

- El Señor resucitado les sale al encuentro: ninguno de ellos lo reconoce. La experiencia pascual necesita un proceso de reconocimiento. María, «se volverá» gracias a la voz de Jesús que pronuncia su nombre. Los de Emaús, comprenderán a través de un gesto: la fracción del pan. La ex-



Noli me tangere, fresco de Fra Angelico pintado hacia el 1441 en el convento de San Marcos de Florencia

periencia del Señor no es evidente, la fe consiste en reconocer una voz y una presencia.

- En ambos casos, el Señor no se deja retener: María no puede aferrarse a Jesús y los de Emaús dejan de verlo cuando lo reconocen. La experiencia pascual es desprendida: la vida da un vuelco y queda sellada de alegría para siempre, pero el Señor nunca nos pertenece.

- El fruto del encuentro es el regreso a la comunidad. María debe contar a los hermanos lo que le ha dicho el Señor, deber reconstruir la fraternidad. Los de Emaús deben regresar a Jerusalén para compartir su experiencia y comenzar la misión. Todo el que se encuentra con Cristo regresa a su comunidad, y allí comparte toda la gracia recibida.

Podríamos aplicar estas mismas claves al discípulo Tomás (Jn 20), aunque los elementos cambian de orden: Tomás regresa a la comunidad y, gracias a ello, puede encontrarse con Jesús vivo; llega el reconocimiento y, por fin, la confesión de fe.

El primero y el amado

En el cuarto evangelio aparecen muy unidos los personajes de Simón Pedro y el discípulo amado. Ellos corren al sepulcro vacío y, al final, ellos pasean con Jesús en las riberas del lago de Galilea.

- Aparece subrayada la importancia de Pedro: él entra primero al sepulcro y él será quien dialogue personalmente con Jesús después de

Esta función es especialmente importante en el caso de los relatos evangélicos: han sido escritos para sostener la fe de los lectores, para ayudar a tener un encuentro pascual con el Resucitado en continuidad con aquellos primeros encuentros.

Vamos a fijarnos en algunas claves que comparten aquellos personajes para intentar ayudar a hacer nuestra esta experiencia pascual: nosotros somos María de Magdala, somos Tomás, somos Simón, somos el discípulo amado.



Los discípulos de Emaús. Obra de Arcabas entre 1993 y 1994 para la iglesia de la Resurrección en Torre de Roveri, Bergamo

la comida junto al lago. Él confesará por tres veces su amor renovado al Maestro y él recibirá la llamada final: «¡Sígueme!».

- Pero ahí está siempre el otro discípulo: corre más que Pedro y llega primero al sepulcro, aunque le deja pasar a Simón primero. Allí, es el amado quien cree, no Simón.

- En la escena final, junto al lago, es este discípulo el que reco-



Todo el que se encuentra con Cristo regresa a su comunidad, y allí comparte toda la gracia recibida



Dios es garante de sus testigos

noce al Señor, se lo comunica a Pedro y hace posible que este se lance al mar. Por fin, en la conversación final, Pedro sigue preocupado por el otro discípulo: «¿Qué sucederá con él, qué tiene que ver con mi misión?»

Pedro debe reconocer la ayuda de ese discípulo para estar cerca de Jesús, debe aceptar que su misión, aunque sea «piedra» y el primero entre los apóstoles, necesita la presencia y la misión de otros discípulos. Debe reconocer —él, el primero—, que el otro es «el amado». Debe reconocer que otros le prece-



La verdad de la resurrección es un testimonio en el que hemos creído



Los discípulos Pedro y Juan corriendo al sepulcro en la mañana de la resurrección. Obra de Eugène Burnand en 1898 conservada en el Museo de Orsay, París

den en la fe, en el reconocimiento, en el amor; no por ello su misión queda frustrada, al revés: su misión queda sostenida por la misión de los demás.

Los ángeles y los soldados

La presencia de seres divinos es importante en los relatos de resurrección. En unos evangelios, se trata de hombres vestidos de blanco (Mc, Lc); en otros, se habla directamente de ángeles (Mt, Jn).

- Con su presencia, el relato nos sitúa en un nivel celeste: Dios interviene en los acontecimientos de la historia. De hecho, está interviniendo como nunca: la resurrección de Jesús es el acto principal de Dios en la historia de los hombres.

- Además de hablarnos de este nivel celeste, estos hombres luminosos nos muestran que la resurrección, antes que experiencia vivida, es anuncio escuchado. A todos «nos han dicho» que Cristo ha resucitado: creyendo ese anuncio nos ponemos en camino y, cuando él quiere, irrumpe el mismo Señor y nos sale al encuentro.

- Ese anuncio se continúa en las mujeres que lo anuncian a los discípulos; éstos, a Tomás o a otros que estaban ausentes; todos ellos, nos han transmitido a nosotros la noticia. La verdad de la resurrección es un testimonio en el que hemos creído.

Frente a los ángeles están los soldados: ellos también han iniciado un testimonio a partir del sepulcro. Con el dinero de los sacerdotes, quedan motivados para extender una menti-



La resurrección de Cristo. Obra de El Greco entre 1597 y 1600 que se conserva en el Museo del Prado

ra: el cuerpo de Jesús ha sido robado. Junto al testimonio que parte de Dios, junto al testimonio de la Iglesia, otras noticias se vierten en el mundo sobre Jesús y su misterio.

La evidencia aún no ha llegado. Evangelizar es fruto de la fe y es llamada a creer. Luchamos contra el dinero y el poder; pero la fuerza de la verdad es mayor que las maquinaciones de la mentira: Dios es garante de sus testigos.

Nosotros y los hermanos

¿Cómo es nuestra experiencia del Resucitado? ¿Cuál es el personaje que mejor expresa nuestro propio proceso en la fe?

¿Son sus claves también las nuestras? La búsqueda, el reconocimiento, el desprendimiento, la presencia del otro, el regreso, la comunidad, la misión...

Un año más leemos los relatos que dieron origen a nuestra fe; un año más somos invitados a entrar en su misterio, a vivirlos desde dentro. Habrá frutos...

Los signos de la resurrección

JUAN CARLOS TORRES TORRES

Los relatos pascuales hacen alusión a una serie de elementos que, a su modo, son testigos y vehículos del acontecimiento pascual. Una mirada contemplativa es capaz de reconocer en ellos una dimensión reveladora de la Pascua que los convierte en ellos signos y señales de la resurrección.

El silencio

La Palabra creadora del Padre ha callado y se ha esfumado cualquier posibilidad de comunicación. Su ausencia ha dejado el ambiente suspendido en una mudez que se torna en vacío. Pero el silencio es también la condición para la escucha. Una escucha que permite ahondar la promesa divina que protegió a la esperanza. Igual que en Belén, ahora otro ángel romperá la barrera del silencio pronunciando las palabras más gozosas de la historia: «No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho» (Mt 28, 6)

El amanecer

Tras la oscura noche del sábado, empiezan a despuntar los primeros rayos de sol del domingo, y el negro telón que cubría el cielo de la ciudad santa recibe la claridad del nuevo día. Amanece «el día en que actuó el Señor». Se oye el primer canto de los pájaros y el bullir de la tierra que, unas horas antes, parecía inerte. La tiniebla ha sido sofocada por la luz radiante que resplandece en los vestidos del resucitado caminando de nuevo hacia Galilea.

El sepulcro vacío

El resucitado no ha recuperado la corporalidad que tenía antes. Ahora posee un cuerpo espiritual más potente, fuera de las coordenadas espaciotemporales, que solo puede ser visto con los ojos de la fe y por aquellos a quienes les sea concedida la gracia de recibir su manifestación. Por eso, la tumba vacía es el signo inequívoco de que Cristo ha cumplido su promesa de resucitar. La tumba ya no alberga su muerte:



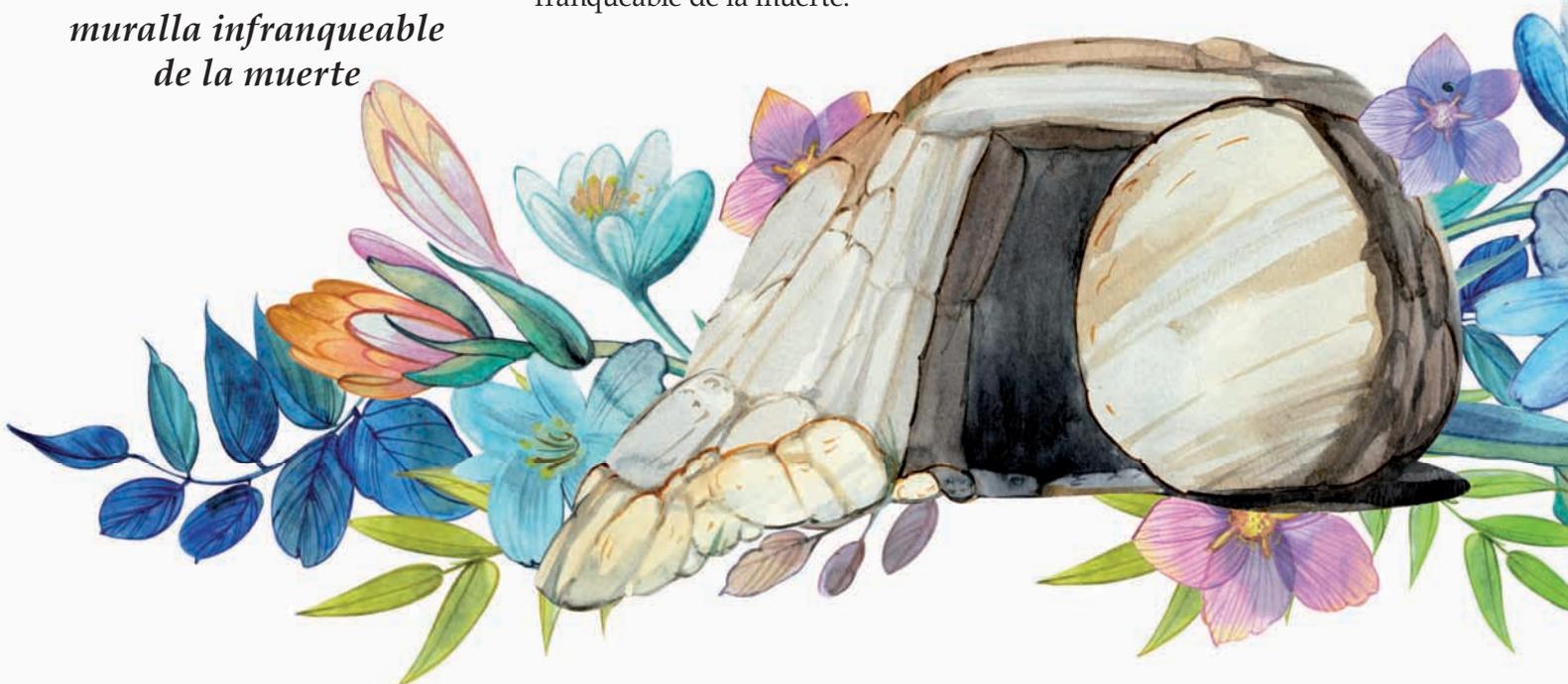
La fuerza del resucitado ha derribado la muralla infranqueable de la muerte

La losa que cierra la tumba

Es la piedra que selló el camino de Jesús y puso fin a su biografía. Más allá de su espesor, se guardan, sin solución de continuidad, los restos de un cuerpo que inexorablemente terminará descomponiéndose. Lo inédito comenzará cuando las mujeres contemplen que esa pesada losa está corrida porque la fuerza del resucitado ha derribado la muralla infranqueable de la muerte.



La tumba vacía es el signo inequívoco de que Cristo ha cumplido su promesa de resucitar



se ha convertido en la señal de que Jesús ha salido de ella para ofrecer su nueva vida.

Aromas para embalsamar

Ha pasado el gran sábado de la Pascua judía y las discípulas han ido al sepulcro para terminar de embalsamar el cuerpo de Jesús y despedirse definitivamente de él. En sus manos, llevan frascos con aromas que recuerdan la fragancia de las flores que poblaban los caminos de Galilea, el perfume del amor hasta la muerte con el que Jesús fue ungido en Betania, y el olor de los campos de Judea. Aromas que guardan las esencias de un pasado feliz que va desvaneciéndose en cada paso hacia el sepulcro. Sin embargo, será el resucitado quien terminará ungiéndolas a ellas, y a los Doce, cuando reciban la nueva unción de su Espíritu en Pentecostés.



El Cenáculo se había convertido en otro sepulcro que aprisionaba la misión apostólica por el pesar de la traición y por el miedo



Puertas cerradas

Tras la muerte de Jesús, el Cenáculo se había convertido en otro sepulcro que aprisionaba la misión apostólica por el pesar de la traición y por el miedo. Todo parecía blindado a causa del pecado y la muerte.

Pero el que acaba de vencerlos atraviesa las puertas e irrumpe ante sus discípulos para regalarles la fuerza de su nueva vida que disipa sus temores y les desvuelve la confianza y la misión. Los corazones de once hombres vuelven a arder como antorchas, e impulsados por el gozo de haber visto al Señor, salen a las calles para proclamar con valentía y hasta los confines del mundo, que Cristo vive.

El costado

Faltaba Tomás. Él no había contemplado la aparición del resucitado y le costaba creer el testimonio de sus hermanos. Pasaron ocho días y, al domingo siguiente, Jesús volvió a aparecerse ante ellos inaugurando una secuencia de visitas dominicales que continúa hasta nuestros días. Tomás, aún cegado por la incredulidad, deja que Jesús conduzca su dedo hasta las llagas de sus manos y su costado, y al palpar la evidencia del resucitado queda transformado en testigo y apóstol de la fe.

El pan en el camino

Dos discípulos regresan desencantados hacia su lugar de origen en Emaús. Atrás queda el recuerdo de los años que siguieron tras las hue-



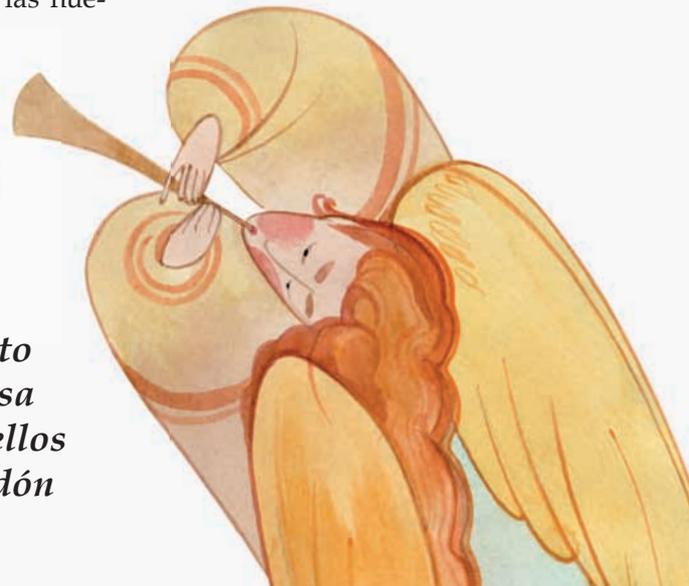
llas del maestro; sus palabras; sus gestos; los signos que demostraron la llegada de su reino; y el rostro de todas las personas que fueron sanadas en su dignidad, su cuerpo o su espíritu. Un peregrino, al no que son capaces de reconocer obcecados por la desilusión, empieza a repasar con ellos las Escrituras y hace trepidar sus corazones. Realizan una parada para compartir la mesa, y al ver cómo parte el pan, el resucitado rompe su desesperanza y les da el alimento de sí mismo para que puedan ser portadores de la Buena Nueva.

El pez asado

Los doce habían vuelto a su oficio de pescadores. Un desconocido les indica que para pescar han de echar las redes hacia la otra orilla. «¡Es el Señor!» Y la red emerge del agua repleta de peces. Jesús les ha vuelto a preparar la mesa para celebrar con ellos la comida del perdón que restaura la primera llamada y les confía el envío definitivo. Solo basta asumir una sola condición: amar con un amor del que brote un seguimiento hasta la muerte, hasta la resurrección.



Jesús les ha vuelto a preparar la mesa para celebrar con ellos la comida del perdón



Mesa redonda sobre vocación



El pasado 17 de marzo, dentro de las actividades de la Semana Vocacional, se celebró una mesa redonda sobre vocación.

En la actividad intervinieron una joven, un sacerdote, un seminarista, un matrimonio y una religiosa, todos moderados por una de las jóvenes de pastoral universitaria que fue introduciendo cada uno de los temas tratados, además de las preguntas que hacían quienes seguían en directo la retransmisión.

Puedes ver la emisión en el canal de Youtube de la Diócesis.



Texto de Juan 20, 1-9. Pedro y el otro discípulo salieron corriendo hacia el sepulcro. Vieron los lienzos en el suelo, entraron, vieron y creyeron...

Comentario: Juan y Pedro corrieron, urgidos por la esperanza, y lo hallaron, resucitado de vida eterna, ciertos ya por la fe.

Para la celebración *Por Daniel Lazar*

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

Moniciones

- **ENTRADA.** Disfrutemos hermanos de la hermosura de esta fiesta resplandeciente, entremos en el gozo de nuestro Señor, ¡regocijémonos! Que nadie tema la muerte, porque la muerte del Salvador nos ha liberado: Cristo resucitó y la vida llegó a todos.
- **1.ª LECTURA (Hch 10, 34a.37 - 43).** San Pedro cuenta con que sus oyentes conocían lo que había sucedido acerca de Jesús de Nazaret. Este discurso del apóstol nos llega hoy, aquí, y no lo olvidemos nunca: Cristo pasó haciendo el bien, curando a todos los oprimidos.
- **2.ª LECTURA (Col 3, 1 - 4).** El efecto de la resurrección es vivo, eficaz y actual. Resucitar con Cristo es la máxima realización de cada creyente, motivo para aventurar la vida, para dejarse encontrar por el resucitado.
- **EVANGELIO (Jn 20, 1 - 9).** La Magdalena, movida por el tierno recuerdo del Señor, estando aún oscuro, descubre el sepulcro vacío. Miremos con los ojos del corazón, junto a Pedro y Juan, los detalles: los lienzos donde yació el Señor, el sudario que le había cubierto la cabeza. ¡Ver y creer!
- **DESPEDIDA.** Alegres, emocionados, impactados por la luz de la resurrección que hemos podido recibir en nuestras vidas, ¡vivamos! ¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!

Oración de los fieles

- S.** Alegres por la resurrección de Cristo, el Señor, presentemos ahora nuestra oración:
- Por la Iglesia: para que, renovándose sin cesar, pueda anunciar al mundo la vida nueva en Cristo. Roguemos al Señor.
 - Por los que sufren pobreza, enfermedad, soledad, y toda clase de injusticia. Roguemos al Señor.
 - Por nosotros, los que celebramos este día de gloria: para que, en las pruebas y en las dificultades del día a día, Cristo resucitado sea siempre nuestra fuerza e inspiración. Roguemos al Señor.
 - Por nuestros difuntos: para que sean despertados a la vida nueva y contemplen a Dios. Roguemos al Señor.
- S.** Padre haz que tu pueblo experimente el gozo de este día durante todo el caminar en esta tierra y así dirija sus pasos hacia ti. Te lo pedimos por tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor. Amén

Cantos

Entrada: En la mañana de resurrección (CLN/213) **Salmo R:** Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo (LS) **Ofrendas:** Te presentamos el vino y el pan (CLN/H3) **Comunión:** ¡Resucitó! (CLN/208) **Despedida:** Porque Cristo, nuestro hermano (CLN/320)

Salterio y Lecturas bíblicas para la semana

I Semana del Salterio. Lunes Hch 2, 14.22 - 23 • Mt 28, 8 - 15 **Martes** Hch 2, 36 - 41 • Jn 20, 11 - 18 **Miércoles** Hch 3, 1 - 10 • Lc 24, 13 - 35 **Jueves** Hch 3, 11 - 26 • Lc 24, 35 - 48 **Viernes** Hch 4, 1 - 12 • Jn 21, 1 - 14 **Sábado** Hch 4, 13 - 21 • Mc 16, 9 - 15